

La calle para el jueves 21 de agosto de 2008
Diario de un espectador
Hombre en llamas
Miguel ángel granados chapa

En 2004 México vivía un clima de inseguridad semejante al de hoy, generado principalmente, como también sucede ahora, por la multiplicación de los secuestros. La situación provocó una movilización ciudadana, también parecida a la que está en curso, que desembocó en una marcha sobre el Paseo de la Reforma, para expresar la inconformidad de la gente ante las inercias de la autoridad. Esa es otra semejanza con la historia de estos días, pues el 30 de agosto, a las seis de la tarde, numerosos grupos ciudadanos, entre atemorizados y exigentes, protagonizarán un desfile de protesta que comenzará en la glorieta de la Independencia y terminará en el Zócalo.

En aquel año, hace cuatro, la situación mexicana, que era conocida en el mundo entero, movió al cineasta Tony Scott a realizar aquí su película *Man in fire*, basada en la novela de A. J. Quinnell que ya había sido filmada en 1987, en otras locaciones, con Joe Pesci como protagonista. Al decidir filmar en México, para que lo orientara en la realización de los aspectos policíacos y técnicos del secuestro, el director se hizo asesorar del abogado Ernesto Mendieta, que años atrás, muy joven todavía, había sido el fiscal encargado de investigar delitos de ese género en la Procuraduría general de la república. Es el mismo Mendieta que ha estado en estas semanas en el centro de la atención pública, pues actuó como negociador encargado por la familia para obtener la libertad de Fernando Martí, el chico de catorce años que, no obstante haber sido pagado el monto del rescate, fue asesinado por sus secuestradores.

Ese es también el triste e indignante resultado de la historia fílmica de Scott, exhibida en México bajo el título *Hombre en llamas*. Obligado por la situación de temor que en la película asalta a los miembros de la clase alta, también por su desconfianza hacia los mecanismos de seguridad público y privado, el empresario Samuel Ramos decide importar un guardaespaldas que cuide a su hija Pita, de nueve años. Así contrata a un ex agente de la CIA en decadencia, alcohólico y arrepentido de su pasado, John Creazy, que acepta el encargo porque no tiene ninguna otra oportunidad de trabajo, pero al que no le hace ninguna gracia ser el chofer y pilma de una niña rica en la ciudad de México. Para colmo, la niña es una preguntona pertinaz que quiere saber quién es el hombre que la cuida y quiere saberlo todo sobre su pasado. Al principio, esa actitud ahonda el carácter huraño del guardia, pero conforme pasa el tiempo la ternura de la niña va venciendo sus reticencias hasta que se establece entre ambos una suerte de camaradería.

Por ese motivo, y porque supone que significó una muestra de su incompetencia profesional, Creazy resiente como un asunto personal el secuestro de la niña. Ciertamente hizo todo por evitarlo, al punto de ser gravemente herido en la balacera surgida en el acto de llevarse a Pita. La furia del antiguo agente crece cuando en vez de libre Pita aparece muerta. Entonces Creazy se da a la tarea de vengarla, por su cuenta. Su investigación lo lleva a descubrir la participación en ese y otros delitos de jefes y agentes policíacos a los que no vacila en eliminar, conforme a sus prácticas de otros tiempos, que incluían matar por encargo. En su recorrido justiciero Creazy se encuentra en ambientes sórdidos de los suburbios de la ciudad de México con presuntos terroristas a los que también elimina, aunque no fuera ese el cometido que se fijó a sí mismo.

Scott llamó para protagonizar al ex agente de la CIA a Denzel Washington, que realizó su trabajo con la pulcritud a que nos tiene acostumbrados, y descubrió para hacer de Pita Ramos a una pequeña actriz llamada Dakota Fanning. Quizá sea interesante ver de nuevo la cinta en el clima de inseguridad de hoy.